

neille y Boileau en lugar de cualquier viejo manual de comercio ó de banca.

En su correspondencia inglesa y en uno ú otro pasaje, Dubourg no dejaba de hacer deslizar la siguiente frase cómoda que había leído en alguna parte: «Vuestro hijo es cuanto un padre puede desear.» Frase pesada en fuerza de repetida, pero que no tuvo el dón de despertar inquietud alguna en mi padre, por ofrecer un sentido claro y preciso. En materia de estilo, ni el mismo Addison hubiera podido facilitar modismos más satisfactorios que éstos: «Al recibo de la vuestra de... Habiendo dispensado buena acogida á los incluidos billetes, cuyo detalle va á continuación...»

Sabiendo, pues, perfectamente lo que de mí se prometía, y bajo las constantes seguridades de Dubourg, mi padre no dudó un instante de que llegaría yo al punto en que deseaba verme.

Sobrevino la epístola, escrita en un día de desgracia y en la que, despues de prolijas y elocuentes excusas, declinaba yo la honra de ocupar una plaza, un pupitre y un taburete en un rincón de las sombrías oficinas de Crane Alley: pupitre y taburete más elevados que los de Owen y de otros empleados, y que no cedía más que al trípode del mismo principal.

Desde entónces fué todo de mal en peor. Las misivas de Dubourg se hicieron tan sospechosas como si hubiese consentido la protesta de su firma, y fui muy luego llamado á Londres donde me aguardaba el recibimiento que acabo de referir.



MONTERREY, N. L.

CAPÍTULO II.

Comienzo á sospechar de veras que el caballerito tiene un terrible defecto: el de hacer versos. Si se halla contagiado por ese frívolo mal, no hay esperanza de hacer carrera de él. Está perdido como ciudadano, si persiste todavía en rimar.

BEN JONSON. — *La Fèria de San Bartolomé.*

ROR punto general, sabía mi padre dominarse perfectamente, y rara vez su cólera se manifestaba de otro modo que en tono seco y duro con aquellos que la habían provocado. Jamás se expresaba con señales de arrebato ni con amenazas. Infundía en todo, su espíritu de sistema, siendo su costumbre la de ejecutar *lo necesario* según los casos y sin frases inútiles.

Con sonrisa poco halagüeña, pues, escuchó mis sumarias contestaciones acerca del estado del comercio en Francia y consintió en que me enredase explicando los misterios del lucro; de las tarifas, de las averías y del peso limpio. Hasta aquel momento no tuve porqué quejarme mucho de mi memoria, á juzgar por el talante de mi padre nada contrariado; pero en

cuanto me vi en la imposibilidad de explicarle estrictamente el efecto que el descrédito de los luses de oro había ocasionado en la negociación de letras de cambio :

— ¡ El acontecimiento nacional más notable de mi época ! — exclamó mi padre , testigo de la revolución política de 1688. — ¡ No sabe de ello más que lo que sabría un poste !

Owen acudió en mi auxilio con sus formas timidas y conciliadoras.

— El señor Francis — observó — no habrá seguramente olvidado que, por ordenanza del rey Luís XIV, fecha de 1.º de mayo de 1700, fué otorgado al portador el derecho de reclamar, dentro de los diez dias siguientes al vencimiento...

— El señor Francis — dijo mi padre, cortándole la palabra — no dejará seguramente de recordar, por un momento, todo lo que vos tendréis la amabilidad de apuntarle. Pero ¡ cáspita ! ¿ cómo lo ha permitido Dubourg ? Y á propósito, Owen : ¿ qué especie de muchacho es su sobrino Clemente, ese jóven menor, de pelo negro, que trabaja en las oficinas ?

— Uno de los más inteligentes empleados de la casa, señor, y que más sorprende por su precocidad ; — respondió Owen, cuyo corazón se había conquistado el joven francés con su buen humor y cortesania.

— Si, si ; presumo que entiende algo, *él*, en operaciones de banca. Dubourg se las compuso de modo que tuviera yo á mano un chico listo que entendiera el negocio ; pero he comprendido su treta, y observará que le he sorprendido al verificar el balance. Owen, abonad á Clemente su sueldo hasta el próximo trimestre y que regrese á Burdeos en la embarcación de su padre, que está de vuelta.

— ¿ Regresar Clemente Dubourg ? — dijo Owen azorado.

— Si, señor, y sobre la marcha. Basta con un inglés tonto en las oficinas, para hacer disparates, sin ver en ellas á un maligno francés para sacar partido de los mismos.

Había permanecido yo bastante temporada en los Estados de Luís el Grande para aprender á detestar cordialmente los actos de una autoridad arbitraria, aunque semejante aversión no se

me hubiera inspirado desde mi más tierna infancia. En consecuencia, no pude abstenerme de interceder en favor del digno é inocente joven condenado á pagar la falta de haber adquirido conocimientos que mi padre hubiera deseado para mí.

— Perdonad, señor : — dije luégo que M. Osbaldistone hubo cesado de hablar ; — es, en mi concepto, justo hasta lo sumo que, si he descuidado yo mis estudios, sea yo sólo quien sufra el consiguiente castigo. No tengo derecho de echar en cara á M. Dubourg el no haberme ofrecido ocasión para instruirme, aun cuando no me haya sido de provecho ; y en cuanto á monsieur Clemente...

— En cuanto á él y á vos, — interrumpió mi padre, — tomaré las medidas que me parecerán necesarias. No importa ; está bien, Frank, el asumir la responsabilidad de la queja ; me parece muy bien : lo confieso. En cuanto al viejo Dubourg, — añadió volviéndose hácia Owen, — que se ha contentado con facilitar á Frank lo elementos de una instrucción práctica, sin cerciorarse de sus progresos ni advertirme de su negligencia, me sería imposible dar por saldada la cuenta. Ya lo veis, Owen : mi hijo posee los principios naturales de equidad que honran á todo comerciante inglés.

El anciano dependiente tomó la palabra, en la actitud doctoral que le era familiar, es decir gacha la cabeza y la derecha mano un tanto al aire : costumbre ésta originada por la de colocar la pluma detras de la oreja antes de hablar.

— Paréceme — dijo — que el señor Francis posee el principio esencial de toda contabilidad moral, la gran regla de tres del deber : que A haga á B lo que quisiera que B le hiciese. El producto dará la regla de conducta pedida.

Este modo de reducir el divino precepto á fórmula aritmética hizo sonreír á mi padre, quien, empero, replicó al momento :

— Todo eso nada significa, Frank. Habéis derrochado el tiempo como un niño, y es necesario aprender á vivir como hombre desde hoy en adelante. Os colocaré, por durante algunos meses, bajo la dirección de Owen, á fin de conquistar el terreno perdido.

Iba yo á contestar, cuando Owen me suplicó, con mirada y gesto, que me abstuviera de hacerlo. A pesar mio, pues, guardé silencio.

— Y ahora, — continuó mi padre — volvamos al asunto de mi carta del último mes, á la que disteis contestación muy á la ligera y poco satisfactoria. Por de pronto escancia para beber en tu copa y pasa la botella á Owen.

La falta de valor ó de audacia, como se quiera, no ha sido nunca mi flaco. Respondí con aplomo que « si él conceptuaba mi carta poco satisfactoria, yo lo sentía, pero que no la había escrito á la ligera, sinó despues de reflexionar maduramente acerca de la proposición que él había tenido la bondad de hacerme, sintiendo en el alma verme privado de suscribir á aquélla. »

Mi padre clavó en mí su mirada escudriñadora, retirándola al instante. Ante su silencio, creíme obligado á proseguir, si quiera fuera con cierta turbación, interrumpiéndome él sólo con algunos monosílabos.

— Es imposible, señor, profesar mayor respeto á carrera alguna que el que profeso yo á la del comercio, aunque no fuese la vuestra !

— ¡ De veras !

— El comercio aproxima las naciones, remedia las necesidades y contribuye al bienestar general ; es á la gran familia del mundo civilizado lo que las relaciones ordinarias de la vida son á las sociedades privadas, ó, más bien, lo que el aire y los alimentos son á nuestros cuerpos.

— ¿ Y qué, caballero ?

— Y no obstante, señor, véome obligado á insistir en mi negativa de dedicarme á una carrera para la cual me reconozco con escasa aptitud.

— La adquiriréis : esto corre de mi cuenta. No sois ya el huésped ni el discípulo de Dubourg.

— Pero, padre mio, es que no es de falta de instrucción de lo que yo me quejo, sinó de mi incapacidad !

— Vamos á ver. ¿ Habéis hecho uso de vuestro « diario » del modo que os indiqué ?

— Si, señor.

— Os ruego que vayáis por él.

El libro en cuestión era una especie de libro de memorias



Owen.

que había usado por orden de mi padre y respecto al cual me había éste recomendado el consignar, por medio de notas, lo que de interesante aprendiera durante el curso de mis estudios.

Previendo que padre me lo pediría algún día para examinarlo, habíame dado yo buena maña de inscribir en él toda clase de detalles que pudieran ser de su agrado. Mas, con excesiva frecuencia, la pluma había hecho de las suyas sin consultar á la cabeza y, como el tal libro no se separaba de mí, sucedió que alguna vez dejé deslizar en él cosas completamente ajenas al comercio. Lo puse en manos de mi padre con la ferviente esperanza de que no daría éste con cosa alguna que pudiera indisponerlo más en mi contra.

La cara de Owen, que se nublara con la demanda del « diario », serenóse con mi resuelta contestación y brilló satisfecha al traer yo un registro cuyo exterior era el de libro comercial, más largo que ancho, con broches de cuero y encuadernación de badana. La vista de aquel cuaderno de negocios reanimó á mi buen amigo, cuya alegría llegó al colmo no bien mi padre hubo leído algunas páginas, sazónándolas, acá y allá, con observaciones críticas.

— *Aguardientes: barriles, barrilitos y toneles, en Nantes, 29; en Cognac y en la Rochelle, 27 veltas (1) pipa; en Burdeos, 32.* Muy bien, Frank. *Derechos de tonelaje y de aduana: véanse las Tablas de Saxby.* No está bien: hubierais debido copiar el pasaje: eso ayuda á fijarlo en la memoria. *Comercio interior y exterior. — Trigo. — Cartas de pago á la salida. — Telas de Bretaña, de Flandes. — Bacalao seco, pescadilla, merluza, lota común (2).* Hubierais debido anotarlos todos bajo la denominación general de « bacalao: » ¿ Qué longitud tiene un bacalao ?

Owen, viéndome en descubierto, aventuró un murmullo cuyo sentido afortunadamente cogí al vuelo.

— Veinticuatro pulgadas, señor.

— Y una merluza diez y ocho. ¡ Bravo ! Conviene saber esto cuando se negocia con Portugal. Pero ¿ qué habéis puesto aquí ? *Burdeos: fundada el año... Château-Trompette... Palacio*

(1) Medida holandesa para líquidos, usada en los puertos oceánicos de Francia, equivalente á 6 pintas, que son dos azumbres y tres cuartillos.

(2) Lota: especie de lampréa de río.

Galien... Bien, bien: muy puesto en razón. Esto es una especie de neblina en que todos los negocios de la jornada (compras, órdenes, pagos, recibos, finiquitos, ofertas, comisiones y cartas-órdenes) están consignados muy confusamente.

— Para ser transcritos luego, con mejor orden, en el « diario » y en el « mayor »; — observó Owen. — Me agrada en extremo que el señor Francis sea tan metódico.

Pasaba tan presto á merecer favór, que el miedo empezaba á aturrullarme viendo á mi padre obstinado en su resolución de dedicarme á los negocios. Y, como sentía yo repugnancia tan decidida contra ellos, lamentaba ya, sirviéndome de las frases de mi amigo Owen, el haber sido « tan metódico. » Nada tenía que temer por este lado.

Una hoja de papel llena de enmendados se desprendió del registro. Cogióla al vuelo mi padre y, sin poner mientes en la observación de Owen sobre la necesidad de pegar las hojas volantes con obleas, leyó:

— A LA MEMORIA DE EDUARDO, EL PRÍNCIPE NEGRO. ¿ Qué es ésto ? ¡ Versos ! ¡ Por María Santísima, Frank, estais loco !

Mi padre, como verdadero comerciante, miraba con desprecio las obras de los poetas. Religioso y formado en una secta religiosa disidente, parecía semejante ocupación tan fútil como profana.

Antes de condenarle, fuerza es recordar cómo vivieron y emplearon sus talentos numerosos poetas, á fines del siglo xvii. A más de que la secta á que pertenecía mi padre sentía, ó afectaba sentir, como se quiera, una aversión del todo puritana contra las producciones ligeras de la literatura. Eran, por tanto, numerosos los motivos que contribuían á aumentar la desagradable sorpresa que excitó el funesto hallazgo de aquella malhadada composición.

En cuanto al pobre Owen, si la redonda peluca que traía puesta á la sazón hubiera sido capaz de desrizarse sola y eruirse de horror sobre la cabeza, los trabajos del artista que la había arreglado por la mañana hubiéranse malogrado, con toda seguridad, al solo efecto de la estupefacción. Un déficit en la

caja, un borrón en el mayor, un error de cálculo en una factura no le afectaran tan penosamente como aquella enormidad.

Mi padre leyó la composición poética, ora aparentándose incapáz de comprender su sentido, ora con énfasis heróico-cómico, siempre con el tono de esa ironía amarga tan á propósito para excitar los nervios de un autor.

« ¡ Oh, quién la voz del mágico Olifante
Tuviera, que del héroe agonizante
Clamor lanzó que el eco repetía,
Allá en Fuenterrabía,
Contando al imperante
Los medios reprobados
Con que Rolando al hierro sucumbía
De los hijos de Iberia bronceados. »

— ¡ El eco de Fuenterrabía ! — dijo mi padre interrumpiendo la lectura. — La fèria de Fuenterrabía hubiera venido más á cuento. ¡ Hijos bronceados ! ¿ A qué salís con eso ? ¿ No podíais decir *morenos*, hablando en inglés, ya que necesitéis absolutamente escribir tonterías ?

« Si pudiera, salvando tierra y mares,
Resonar, llegarían sus cantares,
Tristes al par de fieros,
A nuestra más remota y triste orilla
Contando cual la flor de los guerreros
De Albión, de un pueblo espanto y maravilla,
Vencedor de Castilla y de Poitiers,
En muerte horrible vino á perecer. »

— *Poitiers*, entre paréntesis, se escribe siempre con una *s* y no sé porqué la ortografía ha de sacrificarse á la rima.

« La hora ha sonado... Abrid esa ventana, »
Dijo, « y mi frente sostened ! Que vea

En tierra de destierro cual descende
De su almo trono el sol y cómo hiende
Con su luz, que en arroyos centelléa,
Las laderas de Blaye y engalana
Dorando suavemente
Del Garona la azul larga corriente.

— *Suavemente y corriente*: rima imperfecta. Cómo Frank !
¿ ni siquiera conocéis el miserable oficio que habéis escogido ?

« En su lecho de gloria
Se tiende como yo y, piadoso el cielo,
De su rey saludando la partida,
Vierte lágrimas tristes de rocío.
Presas de acerbo duelo,
Virgenes que pobláis el suelo mio,
¡ Llorad del Negro Principe en memoria,
Y llorad de su vida
La carrera agotada y destruida !
« Mi honra miro radiosa
En bravos compañeros
Y el terror de su nombre en los vencidos.
Mi alma será dichosa
En días venideros
Viendo de Albión los jóvenes guerreros
Entre nubes llameantes
Renovar nuestros triunfos más brillantes. » (A*)

— *Nubes llameantes*: hombre ¡ qué novedad ! Salud, señoras mías ! Os deseo unas felices Pascuas !... ¡ Digo ! El pregonero rimaría mejor que vos. — Y tirando el papel léjos de sí con supremo aire de desdén, terminó diciendo : — Por mi honor, Frank, que sois cien veces más loco de lo que creía.

(*) Para las notas A, B, C, etc., véase al final del volumen.